

## **Soy Antonio Carrero Sánchez**

Eran las siete y ocho minutos de la mañana de un día como cualquier otro. En ese momento, como era habitual, la quietud se vio interrumpida por el pitido de un despertador. Este sonido provenía de la habitación situada al fondo del pasillo izquierdo de la segunda planta de una residencia de ancianos en Madrid. Y es que en el interior de aquella habitación, Antonio Carrero iniciaba su día. Se levantó de la cama, y mirándose al espejo, se dijo: “Soy Antonio Carrero Sánchez, tengo 84 años y mi único hijo se llama Miguel”. Este anciano padece Alzheimer. No sabe por qué dice estas palabras, ni tampoco recuerda tener un hijo que se llama Miguel. Lo que sí sabe es que esa frase forma parte de su vida. Así que todos los días, nada más levantarse, recita esas palabras, que para él son sagradas. Pero esto no es lo único rutinario de su vida, no. Todos los días hace exactamente lo mismo, como si viviese en una espiral de la que no quiere salir. Se levanta. “Soy Antonio Carrero Sánchez, tengo 84 años y mi único hijo se llama Miguel”. Desayuna un vasito de café con dos cucharadas de azúcar y sale al jardín de la residencia a dar un paseo. Se sienta en su banco favorito a observar a los pájaros, y cuando llega la una, vuelve al interior de la residencia y come. Después descansa hasta las cinco mientras lee un buen libro, baja a jugar las cartas con sus compañeros, cena y regresa a su habitación. Finalmente, se asea, se mete en la cama y vuelta a empezar. Lleva una vida tranquila y sin sobresaltos. Por eso, cuando aquella mañana, mientras daba su paseo por el jardín, le informaron de que tenía visita, un intenso cosquilleo de intranquilidad recorrió su cuerpo. Porque para Antonio, una persona tan rutinaria, cualquier cosa que se salga de la rutina nunca puede significar nada bueno. Por eso, mientras se dirigía a la recepción a encontrarse con su inesperado visitante, no cesaba de recitar para sus adentros, una y otra vez: “Soy Antonio Carrero Sánchez, tengo 84 años y mi único hijo se llama Miguel”. Esto le ayudó a calmarse, a sentirse anclado a su

rutina. Finalmente llegó a la recepción, y se topó con un hombre de unos cincuenta o sesenta años, con un cierto parecido a él mismo. Ese hombre era su visitante.

—Buenos días Antonio, soy Miguel —le dijo el hombre.

—Buenos días, Miguel —contestó Antonio.

Así empezó una conversación completamente banal que continuó por una media hora, en la que a Antonio su interlocutor le pareció una persona muy simpática y agradable. Pero, de cuando en cuando, Miguel formulaba alguna pregunta que lo incitaba a rememorar su pasado. Esto lo hacía para intentar que Antonio estimulase su memoria, en un vano intento de combatir a la enfermedad que, neurona a neurona, estaba acabando con sus recuerdos. Cuando Miguel introducía alguna de estas preguntas, el anciano se quedaba completamente mudo, con la mirada perdida, hasta que Miguel lo sacaba de su ensimismamiento. Llegó el momento en el que este formuló una pregunta que turbó notablemente a Antonio.

—¿Te acuerdas de mí, papá? —preguntó.

Millones de pensamientos recorrían la cabeza de Antonio. «Yo no tengo hijos». « Soy Antonio Carrero Sánchez, tengo 84 años y mi único hijo se llama Miguel». «Mi único hijo se llama Miguel». En ese preciso instante, una imagen apareció en su mente: él mismo, mucho más joven, sosteniendo a un bebé en brazos y con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. Y entonces cayó en la cuenta.

—¿Eres tú, hijo? —balbuceó con expresión asombrada.

—Sí papá, soy yo, Miguel —respondió el hijo.

Tras esto, hablaron durante horas, en las que poco a poco, Antonio iba reconstruyendo su pasado como si estuviese armando un complicado puzle. Sin embargo, seguía sin recordar nada anterior al nacimiento de su hijo. No obstante, una vez más, Miguel dio en el clavo con su pregunta.

—Nunca querías hablar de la Guerra Civil, papá —comentó—. ¿Podrías contarme algo de ello ahora?

De nuevo, el anciano se quedó desconcertado, y cientos de recuerdos pasaron por su mente. Trincheras. Un rifle. Compañeros que también lucharon, pero cuyas caras no conseguía recordar. Una explosión. Un pitido sordo. Oscuridad. El hospital de campaña. Una cara que le resultaba familiar, y que aparecía una y otra vez.

Sin embargo, Antonio no conseguía recordar a quién pertenecía esa cara, por lo que decidió comentarlo con su hijo, quien supuso que la persona de la que se acordaba Antonio era su hermano Fermín, que murió en la guerra, concretamente en aquella explosión que pasó por la mente del anciano. Pero Miguel no quería revelarle esta información, pues la muerte de su hermano había sido un suceso muy traumatizante para Antonio. Quizás por este mismo motivo es por el que el anciano se negaba, inconscientemente, a recordar el dueño de aquella cara que le resultaba tan familiar. Continuaron hablando, esta vez de la guerra y sus consecuencias, mientras Miguel esperaba pacientemente a que las piezas de ese puzle que se estaba formando en la cabeza de su padre terminasen de encajar. En cierto momento, el semblante de Antonio cambió completamente. Sintió como si le hubiesen inyectado todos los recuerdos perdidos de golpe, y visualizó aquel fatídico momento:

Fermín, su hermano, y él, junto a un batallón de hombres, están defendiendo una de las últimas plazas republicanas de la Batalla del Ebro. Se encuentran en una trinchera, y

Antonio está limpiando su rifle mientras una fila de hombres pasa a su lado. En ese instante, se gira a decirle algo a su hermano, y de repente, como salida de la nada, la explosión, que le derriba. No siente absolutamente nada, a excepción de un fuerte pitido. Comienza a ver borroso, y alcanza a vislumbrar un grupo de soldados pasando por encima de él. Finalmente, se desmaya, pues ha perdido mucha sangre. Lo siguiente que recuerda es levantarse en el hospital de campaña, y, a pesar de las indicaciones del médico de no moverse de la cama, comenzar a buscar a su hermano por todo el hospital improvisado. Al no encontrarle, se dirigió directamente al oficial al mando del hospital.

—¿Puede decirme algo sobre el estado de Fermín Carrero Sánchez? —preguntó el joven Antonio, temiéndose lo peor.

—Lamento decirle que su hermano falleció en el ataque que sufrimos ayer, soldado —contestó apenadamente el oficial.

Tras este último recuerdo, Antonio volvió al presente, y con una expresión de infinita tristeza en su rostro, miró a su hijo

—Ya lo recuerdo todo —alcanzó a decir con voz temblorosa, mientras las lágrimas afloraban a sus ojos.

Comenzó a llorar, y nada parecía servirle de consuelo. Fermín y él eran inseparables, siempre lo habían sido. Pero la guerra los separó de un solo zarpazo, sin dejarles ni un instante para despedirse, o decirse lo mucho que significaban el uno para el otro. Tras abrazar a su padre largo rato, Miguel decidió ir a por un vaso de agua para él. Cinco minutos después estaba volviendo, con el vaso de agua y además, unas galletitas, las que le habían dicho que eran las favoritas de Antonio. Pero al volver, se encontró a su padre hablando con otro residente.

—¡Buenas tardes Antonio! —exclamó el otro residente— ¿Vienes dentro a jugar una partida de cartas?

—¡Claro que sí! —respondió Antonio, algo confuso.

En ese momento llegó Miguel.

—Toma papá, para que comas algo —dijo—. ¿Ya te encuentras mejor?

—¿Quién eres tú? —replicó Antonio—. Yo no tengo ningún hijo. Pero gracias por las galletas, ¡son mis favoritas!

Miguel, desolado, se despidió y abandonó la residencia. Antonio entró a jugar a las cartas, cenó, se aseó, y se metió en la cama. A las siete y ocho minutos de la mañana siguiente se despertó, y mirándose al espejo, dijo, como llevaba haciendo tantas veces: “Soy Antonio Carrero Sánchez, tengo 84 años y mi único hijo se llama Miguel”